



UN alto porcentaje de las novelas de Stanisław Lem pertenece al género literario científico-ficticio. En él debemos enmarcar a *La investigación* (1959), sin olvidar que la historia de esta novela se desenvuelve con el misterio como hilo conductor. En ella descubrimos, además, un tipo de reflexión filosófica desarrollada mediante esa ciencia-ficción, lo que nos permite relacionar este escrito con otras obras de Lem dedicadas más exclusivamente a este terreno.

La investigación está dividida en siete capítulos; ninguno contiene título, mas eso ya nos da una indicación del sentido que ha querido imprimir el autor en el escrito concebido como un todo. No es posible dividir la novela para comprender su significado; podríamos decir que *el todo está ontológicamente antes que las partes*.

Lem había pretendido no anticipar nada al lector hasta que éste no hubiera terminado por completo de recorrer el texto. La filosofía que contiene, como sucede con la *Comedia* de Dante, no se comprende hasta el final de la obra (sobre todo porque Lem introduce parte de ella, explícitamente, en boca de Gregory, el personaje principal). El objetivo que aquí nos proponemos es descubrir el recorrido del que Lem se sirve para hacer llegar al lector sus ideas.

Como nos sugiere el propio título, la historia comienza con una investigación policíaca que transcurre en la ciudad de Londres; algo que nos recuerda a las célebres novelas de Sir Arthur Conan Doyle. Es éste un rasgo que no dejará de emerger durante toda la obra. La pregunta que recorre toda la aventura detectivesca en la que nos sumerge Lem (¿es posible la resurrección?), donde la intriga va desde la primera página hasta la última -e incluso pasaremos de la intriga al *terror*, cuando Sciss confiese, sin posibilidad de anticipárnoslo (y de creérnoslo), que es el autor de los hechos-, es situada en un lugar poco idóneo para su respuesta. Ya habíamos visto en las novelas del detective Holmes cómo la neblina londinense había contribuido a los homicidios clandestinos. No es casual que Lem haga coincidir los extraños sucesos en la misma *oscuridad* que Conan Doyle a fin de situar la propia pregunta (de la que Gregory no consigue deshacerse, intentado, aun con todo, buscar una explicación *terrenal*) en esa tiniebla en la que la respuesta se desarrolla.

Intervienen en la investigación el teniente Gregory, su superior Fanquart, el doctor forense Sörensen, el científico Sciss y el inspector jefe Sheppard. Todos se verán involucrados en la tarea de explicar los sucesos e intentar relacionarlos con otras investigaciones ya realizadas. En medio de la primera conversación que mantienen juntos, mientras Sheppard cuestiona a Fanquart y a Gregory, Sciss apunta al detalle las respuestas de ambos (p. 21). En esencia, el problema que se les había presentado a los dos detectives consistía en que, de algún modo, algunos cadáveres que se mantenían por un breve periodo de tiempo en refrigeradores y otros que iban a ser sepultados se habían *escapado* y habían sido vueltos a encontrar en

STANISŁAW LEM,
La investigación,
traducción de Joanna
Orzechowska,
Impedimenta, Madrid,
2011, 248 pp. ISBN
978-84-15130-10-9.
(*Śledztwo*, 1959).



otros lugares. Ésta misma es la causa de la investigación. Además, con cada suceso irán encontrando los cuerpos más cerca de su lugar *original*. Sciss desde el principio ofrece una lectura estadística del caso y cree prever dónde ocurrirá la próxima aparente resurrección. El método de estudio de la antropología cultural de autores como Marvin Harris se asemeja al modo en que Sciss procede para averiguar las causas *racionales* de los sucesos.

Gregory, tras una disputa sobre el porqué y el cómo de los hechos, temía quedar destituido del caso. Sin embargo, debido a su profunda implicación personal -que veremos hasta el final de la historia-, Sheppard decide darle el caso definitivamente. En la conversación que había mantenido el grupo de especialistas, no se había llegado a ninguna conclusión concreta. La psicopatía o locura del posible autor había quedado descartada, aunque más adelante Gregory encontrará en ella la única explicación *posible*. Sheppard introducirá una reflexión: el conocimiento lo es del todo, o lo es de nada. El significado de una parte es ganado al participar del *todo*. Esta parece una posición holista “moderada”, como la de Quine. La investigación comienza a cobrar sentido cuando nos damos cuenta de que ella sólo es una *parte* del todo. El misterio comienza a dilatarse, expandiéndose desde la extrañeza e inescrutabilidad de los casos hasta cobrar una entidad propia, aislada de la propia investigación (de ahí el holismo moderado).

Cuanto más se investiga sobre los detalles, más confusión hay (p. 59). La convivencia con los señores Fenshaw se convierte en una verdadera pesadilla: la explicación de su extraño comportamiento la encontramos después de que Sciss se revele, presuntamente, como el autor de las *aparentes resurrecciones*. Las casualidades son posibles (p. 77), pero “¿existe algo de lo que usted huiría... con un revolver en la mano?” (p. 110). En el desarrollo de la investigación, Gregory trata de obtener conclusiones acerca del autor *material* de los hechos, pero mantiene viva la *esperanza* de que no *haya sospechoso* alguno (pp. 118-119). El *autor*, por las pruebas que ha dejado, tiene rasgos inhumanos (pp. 122-123). Gregory asume la posibilidad, sobre la que ya le había advertido Sciss, de que el caso no sea criminológico. Sin embargo, encontramos que Lem incluye algunas alusiones hacia el cristianismo por boca de Sciss. “Si Cristo no ha resucitado, no existe el cristianismo”, había afirmado Pablo de Tarso. Esto es categóricamente rechazado por Sciss, que entiende la razón a modo utilitarista, pragmatista y estadista (ello explica que esté tan desesperado por no aceptar una respuesta no-científica que llega incluso a culparse a sí mismo de los hechos a los que había dado una explicación científicamente posible, pero del todo improbable). Sciss rechaza la solución kantiana al argumento de Hume sobre la imposibilidad de justificar la relación causa-efecto (p. 136). Las sospechas de Gregory hacia Sciss van en aumento (pp. 143-145 y 152). Llega incluso a dudar de Sheppard. Lem nos va sumiendo en un cúmulo de situaciones en las que, como en el mito platónico del auriga, divisamos algo tan sólo siendo capaces de asomarnos, pero no alcanzamos a ver la Idea que persiste en la historia que nos es narrada. Al final del texto nos será revelada. Empezamos a relacionar los hechos a los que al comienzo la historia no habíamos otorgado más que una mención sin intención alguna. Los hechos dejan paso a las explicaciones (como el propio método de Sciss, p. 155).

La *meta* ciencia-ficción de Lem empieza a entreverse en la elucidación que hace Gregory de los casos examinados, parafraseando a Sciss. La idea con la que Lem consigue que el lector vea una paradoja sería, después de haber *rebatido* la resurrección, que la explicación última corresponde a la ciencia y no a la religión. Es una ficción *al servicio* de la ciencia: pretende mostrar las posibilidades de ésta.

La explicación, que es científica (y que no corresponde más que a ella esa tarea, p. 115), consigue acabar con la habladería detecti-

vesca que ha perdido el tiempo al no actuar científicamente; es decir, la actuación provechosa del hombre sólo se garantiza en *el camino seguro de la ciencia*. El *ruido* de la vida cotidiana no permitía hacer surgir a la ciencia; incluso en su propio nacimiento (explicación de Gregory de la teoría de Sciss) intenta socavarla. ¿Por qué un policía -como ya dijimos- huiría con un revolver en la mano? La causa *invisible* de ese pánico no es la *resurrección*; es, más bien, biológica. Y, sin embargo, el no-científico no llega a aceptarla (p. 158).

Lem crea un *meta-relato* y empieza a cuestionar, desde un discurso de ciencia-ficción, el progreso de dicho género literario.

Acepta que los *problemas* policíacos sigan su curso. Gregory rechaza, como Sciss, la *resurrección*, pero no acepta que no haya un *móvil* en todo este asunto (no acepta que no haya una explicación criminalística). ¿A qué hay que buscarle explicación (qué es producto de la *mala intención*, en otros términos), y a qué no? (p. 165).

Sciss esboza una teoría del racionalismo, pero en contra del sentido común (p. 178): cree en el progreso de la razón, pues con los siglos la razón se ha ido depurando y sus teorías han ido adquiriendo un nuevo tipo de racionalidad que ha despreciado a sus antecesoras (como el proyecto baconiano y cartesiano).

“*iNunca, nunca abandonará usted la idea del autor, porque su existencia implica la suya propia!*” (p. 182): Gregory ha caído en las redes de una obsesión que puede que no tenga objetivo alguno. La *creencia* en el autor es la base de la investigación en esta historia. “Los hechos existen allí donde no hay personas” (p. 183). No existen los milagros. No existe Pablo, o mejor, no existe *San Pablo*. Si hay personas, hay interpretaciones; si hay hechos, no hay personas (*no hay hechos, sólo interpretaciones*, había afirmado Nietzsche). La *creencia* (interpretación) en un *hecho* es una contradicción: no hay *autor* de los hechos, sólo interpretaciones de lo que ocurrió *de hecho*. Pero Gregory (*interpretador*) está obsesionado con encontrar al *autor* de los *hechos* (persecución de Sciss): ha entrado en una paradoja, como lo había hecho Sciss.

Como en toda novela de intriga, el autor nos mantiene en vilo hasta el final: no sabemos nada del desenlace hasta este punto, pues sólo nos encontramos con escenas –si bien, unas relacionadas con otras- a las que no logramos dar una conexión holista. El lector ha asumido la situación de Gregory. Y ahora parece que sea aquél quien está siendo afectado por la obsesión: obsesión por saber cómo Lem va a dar sentido a todo lo que ha venido proponiendo. La locura nos *invade*; no sabemos si existen los milagros o no, si será la estadística la que nos *salve*, o si todo lo que se ha desarrollado no forma parte más que de la imaginación, psicosis o sueño de Gregory, como ha podido dejar caer Lem en alguna situación de la historia. Pronto descubriremos si todo tiene un orden intrínseco o hemos de *añadirlo* nosotros.

Sciss cae definitivamente en la trampa de Gregory (p. 209), pero el último capítulo continúa con la misma intriga con la que había comenzado la historia. Lem esbozará una teoría metafísica (pp. 230-231) con la que ya empieza a jugar cuando relativiza el sentido de la vida (p. 215). Sciss confiesa ser el autor de los hechos: la estrategia de Gregory para conseguir la confesión había sido llegar a conocer a Sciss en profundidad. Sin embargo, desconcertado psicológica y físicamente, no logra dar sentido a eso que había esperado con ansia. Habla con Sheppard: no llegan a una conclusión. Logran grabar el relato de William (el hombre que había huido con el revolver en la mano); la confesión de Sciss es falsa. Sheppard ofrece una explicación a los hechos, pero tampoco resulta omniabarcante. Tienen coartada y pruebas para algunos de los misteriosos sucesos, pero no para todos. “¿Es posible que Dios exista de vez en cuando? Puede, pero los intervalos de su existencia son muy largos” (p. 232).





La novela se cierra con preguntas: ¿sucedio o no la resurrección? ¿Quién fue realmente el *autor* de todos los hechos? La investigación sigue abierta, la investigación *continúa*... El término acuñado por Goethe tiene en Lem una clara representación: convierte la reflexión científico-ficticia en literatura universal.

Víctor Páramo Valero